



"Caras y Cartas. Buenos Aires, (A.A.) 28 junio 1924

LAS LÁGRIMAS DE VÄINÄIMÖINEN

EN el runo o canto XL del Kalevala, la epopeya finlandesa (que es a modo de un romancero mitológico) se nos cuenta, o mejor, se nos canta, cómo de la mandíbula de un sollo hizo el héroe «viejo y resuelto» Väinämöinen un arpa de huesos de pez. De los dientes del sollo hizo sus clavijas y le puso por cuerdas cerdas del caballo capón de Hiisi, el Genio del Mal, algo como la Loki escandinava. Niños y niñas, mozos y mozas, adultos y ancianos, fueron a ver el instrumento. Väinämöinen les invitaba a que tocaran en el arpa de huesos del pez; lo hacían y no sacaban de ella sonido alguno; no sacaban música del arpa hecha con el pez mudo. Y eso que los peces hablan y hasta cantan en el Kalevala. Y los antiguos griegos hacían liras con la concha de la tortuga.

El alegre Lemmirkainen, otro de los místicos héroes fineses, quiso tocar en el arpa de sollo y tampoco la hizo sonar. La llevaron a Pohjola, la tierra enemiga, y en esta tierra y tocada por sus hijos, las cerdas del caballo de Hiisi plañían tristemente. Un ciego, al oír aquellos discordantes sonos, pidió que la echaran al agua, pero el arpa habló y dijo con su lengua que no quería hundirse en el agua, sino que la llevarán a que la tocase el que la había hecho. Y la llevaron a Väinämöinen.

En el runo XLI se nos canta cómo este héroe, el viejo encantador se lavó los dedos, tomó el arpa, se sentó en la piedra de la alegría, en la piedra del cantor, en una colina brillante de plata y se puso a tocar aquélla. Del aire, de la tierra, del agua, acudieron a oírle: lobos, osos, ardillas, armiños, linceas, águilas, halcones, patos, cisnes, los hijos de la Creación, los sollos, desde luego, y niños, hombres y mujeres. El Orfeo finés reunió en torno de su arpa de sollo con cerdas del caballo de Hiisi a los seres animados y hasta a los inanimados. Tocó un día y otro y no hubo persona humana que no rompiera a llorar. Se les fundían los corazones. Lloraban los jóvenes y los casados y las casadas y los ancianos y los niños pequeños. ¿De qué lloraban? ¿De dolor o de placer? Lloraban de lloro puro, de llanto universal, podríamos decir.

El mismo viejo Väinämöinen sintió que rodaban sus lágrimas de sus ojos a sus mejillas, de éstas a la barba, de la barba al seno palpitante, del seno a las fuertes rodillas, de las rodillas a los pies, de los pies al suelo y de allí, llegando a la margen del lago azul iban a sumergirse en sus aguas. Väinämöinen pidió a los jóvenes que recogieran de bajo del agua sus lágrimas y no osaron; se lo pidió a un cuervo, que lo rehusó y luego fué a un pato azul el que buscó bajo el agua rutilante las lágrimas del encantador y encontró en el lago las gotas de lágrimas transformadas en perlas, en las perlas azules de la concha.

La leyenda es hermosísima y podemos poner en ella símbolo que no pusieron los que la forjaron.

¿De qué lloraban los que oían el arpa de Väinämöinen?

¿De dolor universal? ¿De alegría? Cuando lo tocó en Pohjola, los héroes de esta tierra, enemiga de la tierra Kalevala, sintieron deleite y mara-

villa, las bocas de las mujeres comenzaron a reír y de los ojos de los héroes brotaron lágrimas y al último se les fué la fuerza; cayeron amodorrados y Väinämöinen les sumió en el sueño. Les domó con la música del arpa de sollo.

Las lágrimas del encantador, del mago, del poeta, no eran como las lágrimas de los demás héroes y de los demás mortales; eran lágrimas que en el fondo del agua del lago azul (hecho acaso de lágrimas de las cosas y de los hombres) se convertían en perlas. Las lágrimas del poeta se hacen perlas y brillan como diamantes. Y acaso, como los diamantes son duras. Son lágrimas cristalizadas. Pero lágrimas que brotaron ante el universo.

El canto es en el Kalevala el arma más poderosa. Está llena la epopeya fina de encantamientos y de sortilegios. En aquellas soledades lindantes con Lapponia, en los campos de nieve helada el canto debe de resonar con una pureza que no conocemos los que vivimos en tierras de niebla suelta. Y allí, donde el agua sólida, el agua cristalizada, las perlas de agua, abundan tanto como el agua fluyente y líquida, allí deben de comprender lo que es una lágrima cristalizada, lo que es un cantar cristalizado.

En un libro de Anatolio Le Braz, el admirable cantor de Bretaña, hemos leído lo que es el silencio en los mares de Islandia y cómo resuenan en aquellas soledades marinas casi polares los cantos de los pescadores bretones. Debe de ser como el eco de un cantar en la cima de una montaña en un día de cielo desnudo y como de acero, mientras acaso la bruma vela a los valles. Y hay que oír esos cantares que se destacan del silencio ambiente!

Las lágrimas de Väinämöinen eran sus cantares mismos, el canto de Väinämöinen, el encantador, era el que moldeaba sus lágrimas que al rodar de los ojos a las mejillas y a la barba y al seno y a las rodillas y a los pies y al suelo y al lago azul se llevaban la música en su sal; la sal de las lágrimas de Väinämöinen era melodiosa. Y esa sal melodiosa, esa sal brotada de sangre de hombre, formaba las perlas. Perlas brillantes y duras, perlas que no hay molino que pueda moler.

¡El calor que ha hecho falta para producir los diamantes! Y los diamantes suelen ser fríos y son secos y duros. Y hay diamantes de palabras, poemas secos y duros que han brotado de un horno de pasiones humanas.

Y ¿cómo es que el arpa misteriosa que hizo brotar esas perlas de lágrimas estaba hecha con la mandíbula de un sollo y con las cerdas del caballo de Hiisi? Aquí tendríamos que detenernos a ver lo que los peces son en el Kalevala y qué especie de sirenas, muy otras que las de la Odisea, aparecen en esa epopeya de Finlandia. Los peces de las soledades del silencio ártico no son enteramente silenciosos.

28 junio 1924